

Cosas de Ellos

Por

María Molina

Perejano



Escenario: los salones de la condesa del Soto, en los que se celebra un baile. Personajes: Otero, distinguido joven de la sociedad matritense, perfecto «sportman», y gran galanteador—con éxito,— del bello sexo. Consuelo, joven morena, no despreciable, de diecinueve abriles. Matilde, una rubia angelical; veinte años. Paquita, veintidós; un portento de mujer. Remedios, veintisiete; ni guapa, ni fea; algo ajada, de tanto suspirar quizás, por un novio—que no llega—durante más de seis años.

El baile está en su apogeo. Otero, va de grupo en grupo, y de una a otra, cual mariposa volando de flor en flor. Tal mariposeo es admitido por todas con sonrisas, frases, arrebolamiento de mejillas, y miradas que queriendo ser timidas resultan de fuego.

Oíganos algo de ese galanteo:

Otero.—¡Caramba!, ¡Consuelo! ¿Usted aquí? Ya hacia tiempo que no se la veía en ninguna parte.

Consuelo.—Sí; vivo ahora muy retirada; es raro el baile a que asisto.

Otero.—¡Usted! ¡la reina de los salones!... Debe asistir a todos los bailes, para darnos, a los que no perdemos uno, el placer de verla, y de bailar con usted.

Consuelo.—¿Placer ha dicho? ¡Qué galante!

Otero.—No; con usted, la más exquisita galante-

ría, deja de serlo para convertirse en verdad.

Consuelo.—¡Por Dios! ¡Otero! ¡No exagere!

Otero.—Exagerar? Nada de eso. Es usted la mejor y más bonita de las mujeres. No se puede estar a su lado sin sentir en seguida, los terribles saetazos de las flechas de Cupido.

Consuelo.—De ningún modo; cuando Cupido revolotea alrededor mío, lleva el carcaj vacío. Juega conmigo y nada más.

Otero.—Es usted encantadora. (Suspirando). ¡Ay! Quién pudiera ser el dueño de tanta gracia!

Consuelo.—(Tratando de alejarse de él). Já, já, já! La tiene todo lo que usted dice. Hasta luego. Tengo comprometido el vals que sigue a esto.

Otero.—(Acercándose). ¿Seré en el otro baile, el afortunado que la estreche en sus brazos?

Consuelo.—¡Por Dios, Otero!... ¡Estrechar?...

Otero.—¡Qué! ¿Protesta? Pues aunque proteste: ¿qué es el baile, sino un prolongado abrazo, permitido por la sociedad?

Consuelo.—Es usted muy mal intencionado. Si todos pensarán como usted no se podría bailar.

Otero.—Pero, venga acá Consuelo, qué se diría de dos que encerrados solos en una habitación, se les viera lo mismo que se les ve en los salones cuando bailan? ¡Qué se estaban abrazando! y se escandalizarían los mismos que en un baile admiran a una buena pareja.

Consuelo.—No, no estoy conforme; ya discutiremos eso.

Otero.—Sí; durante el «one-step» que sigue a ese vals; ¿está usted conforme?

Consuelo.—Sí; aunque no debería estarlo, a atenderme a sus opiniones.

Otero.—Me haría con ello el más desgraciado de la tierra. Negarme el bailar con usted, divino angel, a quien por fuerza hay que adorar!...

Consuelo.—(Riendo). ¿Por fuerza? A la fuerza no quiero que me adoren.

Otero.—¡Graciosísima!

Consuelo.—¡Adiós! ¡adiós! Empieza el vals; me estará buscando el vizconde.

Matilde.—Con mucho gusto. (Bailan).

Otero.—Me han dicho que se casa usted, Matilde; ¿es cierto?

Matilde.—No; como tampoco lo es, el que le hayan dado a usted tal noticia: quiere sacar de una mentira una verdad.

Otero.—Eres usted muy suspicaz. Pues bien, aunque lo haya usted adivinado: ¿miente mi mentira?

Matilde.—Sí; miente. No me caso por ahora. ¿Qué le hace falta a una mujer para casarse?

Otero.—Ante todo: que sea soltera o viuda.

Matilde.—Carlos, Carlos, que no me gustan los plagios, ni menos las burlas!

Otero.—¡Plagio? Ignoraba que lo fuese; en cuanto a lo de que sea burla, no fué mi intención la de burlarme; sólo quise hacer un



Otero.—¿El hijo de la condesa del Soto? ¡Uf! ¡Qué «antiestomacal» es el angelito!

Consuelo.—El mismo; ¡ah! ¡ahí viene! (Se aleja).

Otero.—(Acercándose a Matilde). ¿Usted, no baila?

Matilde.—No; nadie se acuerda de las feas.

Otero.—¡Fea! Pues si usted es fea, ¡bendita sea la fealdad! ¿Quiere concederme el honor de ser yo, el que desmienta sus palabras?

chistecito más o menos aceptable. Bueno. Qué es pues lo que le hace falta a una mujer para casarse?

Matilde.—Pues tener novio.

Otero.—¿Y usted no lo tiene?

Matilde.—No en verdad.

Otero.—¡Es increíble!

Matilde.—Usted podrá creerlo o no, pero es lo cierto. No ha habido quien me dijese: «Buenos ojos tienes».

Otero.—Por que hay quien no los tiene o sufre de miopía. ¿Me permite que le diga lo que no le han dicho otros? No sólo los ojos, sino la boca, la nariz, la frente, el óvalo de su cara, su cuerpo, toda su persona en fin, es de un conjunto armónico tal, que solo puede compararse a la Venus de Milo, es decir, más perfecta aún, puesto que no le faltan como a aquélla los brazos, lo cual sería una enorme desgracia, pues no podría sentir como siento, el suave calor de su brazo, en mi hombro, y de su mano en la mía, hermosa mano en la que imprimiera, de permitírmelo usted, un ósculo purísimo.

Matilde.—Bueno; pero como no se lo permito...!

Otero.—(Suspirando). ¡Qué feliz será el hombre que se case con usted, Matildita!

Matilde.—¡Quién sabe! Tal vez se arrepintiera de haberse casado conmigo.

Otero.—Es imposible, de todo punto imposible.

Matilde.—Estoy mareada. Quiero descansar ya. (Dejan de bailar. La lleva Otero del brazo hasta la silla que antes ocupaba la joven. Empieza el «one-step» que el émulo de Don Juan debe de bailar con Consuelo, durante el cual sigue deslizándose en sus oídos las mieles de su léxico. Al terminar, se dirige a un grupo de muchachas entre las que se enquentra la sinigual Paquita).

Otero.—¿Tienes comprometido este «fox-trot»?

Paquita.—No; todavía no.

Otero.—Si me permitieras...

Paquita.—(Dirigiéndose a sus compañeras). Con permiso. (Se coge al brazo de Otero y se entrega con fruición al baile, satisfecha de haber sido entre aquéllas, la elegida por el admirado galán).

Otero.—Te he pedido que me concedieras este baile, más que por el placer que ello me proporciona, por el deseo de decirte que esta noche estás sencillamente ideal. Siempre me pareciste hermosa pero como hoy...

Paquita.—¿Hermosa? No me tengo por tal. Soy una mujer pasable y nada más. Eres un incorregible galanteador.

Otero.—Nada de eso... ¡Es que no puede decir un hombre, lo que siente sin que se reputen sus palabras de meras fórmulas de sociedad, de efímeras frases de salón? Pues, créaslo o no, te diré que eres la más linda muchacha que he conocido, que estoy cada día más loco por ti; que por ti iría al sacrificio del matrimonio, con la misma estoica sonrisa, con que los antiguos gladiadores se prestaban a la lucha.

Paquita.—¡Jesús! ¡cuánto disparate!

Otero.—Esto te demostrará a qué grado de enajenación mental ha llegado el más ferviente de tus admiradores. (Siguen bailando).

(Las dos de la mañana son cuando se inicia el desfile. En la escalera, aprovechando la confusión de los que salen, se aproxima Otero a Remedios).

Otero.—Me voy triste. No te he visto en todo el salón una sola vez.

Remedios.—(Picarescamente). Pues en él estuve.

Otero.—¿Cómo no te he visto? Hubiera sido para mí, el colmo de la dicha bailar contigo, muñeca, para poderte decir que te quiero brutalmente, que sueño contigo todas las noches, y pienso en ti a todas horas. Que no vivo, en una palabra, más que para recrearme en tu recuerdo. ¡Remedios! Eres el único remedio para curar mi mal. ¿Puedo aspirar a poseer ese «remedio» algún día?

Remedios.—Tal vez... aunque creo que no lo habrá en plaza, como te descuides en ir a buscarlo.

(Risas, murmullos, despedidas, estridencias de bocinas de autos y al fin, nada; el silencio se ha restablecido en el barrio de Salamanca, donde tienen su residencia los condes del Soto).

EPILOGO

Consuelo.—(En su casa, dando vueltas insomne en la cama). (Rememorando): «Ay, quién fuera el dueño de tanta gracia»...! ¿Qué significa eso? ¿Qué lo desea, que me quiere! Lo que sospechaba. (Dan las tres, las cuatro, y sigue soñando despierta la linda muñeca).

Matilde.—(En su casa también y sin tampoco poder dormir): «Ay, qué feliz será el hombre que se case con usted»... Y qué mirada la suya al decirme! ¿Querrá él ser ese feliz mortal? (Sigue divagando, hasta que muy tarde se queda dormida).

Paquita.—(Idem, idem). ¡Está loco por mí! ¡Qué felicidad! Dentro de poco seré, no me cabe duda, la señora de Otero. No tardará en venir a pedir formalmente mi mano. ¡Qué guapo y elegante es! Seré dichosa!

Remedios.—(Idem, id). ¡Yo su único remedio! ¡qué me adora! ¡Y soy entre tantas, la privilegiada! Por fin ha surgido el hombre tanto tiempo esperado. Y ¡qué hombre! El tipo ideal. El que aceptaría a ojos cerrados, la más exigente de las mujeres. En fin, tardó en llegar, pero llena todas mis aspiraciones. (Las seis de la mañana dan, cuando consigo conciliar el sueño).

Otero.—(En su palacial mansión apagando la luz desde su cama): ¡Qué noche! ¡qué aburrimiento! ¡Psé! Ni una mujer hermosa; ni una mujer que valiese la pena de mirarla! (Da un bostezo, una vuelta y se queda dormido).

MARÍA DE MOLINA, PEREJAMO.